UN año se cumple, por estos días, de la muerte de Tomás Morales. Cuando le vimos salvar, en Madrid, a fines del 19, la pesada dolencia que le retuvo en la soledad de un cuarto de hotel, sólo aliviada, en horas, por la compañía cordial de un amigo, y poblada siempre por el recuerdo de sus amores lejanos, creíamos ver entrar ya seguro al poeta en la nueva etapa de que saldría, triunfal, el libro tercero de sus *Rosas de Hércules*. Pocos versos más, sin embargo, acrecieron el caudal de su poesía. Ya había dado el rosal todas sus rosas, y una mano inflexible se aprestaba a cortarlo.

Ni aun el inmediato proyecto de reunir en un tomo igual a aquel otro cuyo cuidado le traía por última vez a Madrid pudo ver convertido en realidad. Manos familiares piadosas y el culto de unos fieles camaradas ordenan hoy, conforme a los planes que él dejó, este tomo, reimpresión ampliada de los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, con que abrió su obra poética en 1908. Faltan de aquí, por voluntad del autor, unas cuantas poesías de aquel tomo. Están, en cambio, muy aumentadas las tres secciones en que se divide, y, por último, se han entresacado de los cuadernos y borradores del poeta algunos versos que se agrupan al final. Contiene así el que viene a ser tomo primero de la obra única de Morales, *Las Rosas de Hércules*, sus poesías iniciales y lo último que brotó de su pluma.

***

No puede el que esto escribe olvidar, junto al nombre de Tomás Morales, el de otro poeta muerto también: Fernando Fortún. Con ambos le unía un afecto entrañable, fraternal, y los dos eran como esos compañeros de armas que en los viejos cantares de gesta aparecen unidos por una suerte común y llamados a igual destino.

Más de una vez suena en los versos de Morales el nombre de Fernando Fortún. Empezó su amistad cuando se decidía la vocación literaria de ambos y se lanzaban por el camino en que su compañero, mayor en edad, le llevaba escasa delantera. Era Fernando más íntimo y reconcentrado. Tomás, impetuoso, cantaba en notas más altas. Uno y otro seguían, vagamente, los estudios universitarios.

Hízose médico Tomás y volvió a Canarias. De su juventud madrileña conservó los afectos más hondos. En 1914 la muerte de Fortún le inspiró un bellísimo canto. Era ya entonces, en su patria pequeña, el poeta de todos. No producía versos con esa irreflexiva prodigalidad del que convierte en oficio el don y en tarea el arte. Iba poco a poco y, para decir verdad, harto perezosamente madurando sus sueños, y en su mente se pintaban ya, en vastos frescos, las gestas atlánticas. Las rosas de Hércules eran entonces incipientes capullos.

Un día volvió a Madrid—antes lo recordábamos—a imprimir su segundo libro. Nuestra convivencia durante esos días reanudó, no el cariño, nunca interrum-

pido, sino la comunicación intermitente. Hablaba Tomás de su vida, asentada ya firmemente; de su trabajo profesional, de actuaciones políticas, todo ello tan vagamente emprendido como los estudios que iba haciendo en su época antigua de Madrid, y dominado todo, lo mismo que entonces, por una atracción capital: la de la Poesía.

Su vida misma era como un don de la Poesía: había encontrado en su esposa el amor y el estímulo; sentíase renacer en sus hijos aún tiernos. Ya todo eso se acabó. Sin embargo, al morir Tomás Morales, pudo decirse de él lo que no es posible acaso afirmar de muchos hombres: fué feliz y supo que lo era.

¿Es esto una biografía de Tomás Morales? El que lo escribe no ha pretendido hacerla. Deja el empeño a uno de esos amigos fieles en quien el recuerdo del poeta persiste inalterable, formados a su [illegible], incitados por su ejemplo. Sólo ha querido juntar aquí unos recuerdos personales, insistiendo en lo que ya intentó antes de ahora. Pero acaso vaya en ellos lo esencial de la vida de este poeta, que nació en Moya de Gran Canaria el 10 de Octubre de 1885, y murió en Las Palmas el 15 de Agosto de 1921.

/ assimo

***

Las tres partes en que se divide este primer libro de *Las Rosas de Hércules:* «Vacaciones sentimentales», «Poemas de asuntos varios» y «Poemas del mar», corresponden, con denominaciones cambiadas en algún punto, a las que formaban los *Poemas de la Gloria*,

del Amor y del Mar, impuestas por el prestigio del título. Corresponden también, sin duda, a los tres momentos poéticos que son de notar en la obra de Tomás Morales.

Sin duda, lo primero que escribió fueron algunos de los «Poemas de asuntos varios», en que la inspiración ensaya distintos temas y el apresto literario es, evidentemente, más visible.

Alternando con ellos, las rimas que ahora se llaman «Vacaciones sentimentales», en un género muy cultivado cuando él las escribía, de evocación romántica, en que cada objeto, cada nombre del pasado próximo, adquiere una aureola de santidad, se transfigura y llena de alma, tuvieron la virtud de llevarle a la contemplación de aquello que más directamente hería su sensibilidad de poeta. Le hicieron volver los ojos a la niñez; fueron el conjuro que hizo resurgir de la hondura de los recuerdos las sombras familiares, las estancias de la casa, las calles del pueblo, las perspectivas de campo natal. Y en uno de estos retornos al pasado, como el paseante distraído que, caminando por las vías de una población costeña, ve, de repente, en el fondo, una intensa línea de azul, en uno de estos retornos descubrió la cuna eterna de su isla, el nuevo y grande inspirador de sus versos futuros: el mar.

Al mar le debe Tomás Morales esa plenitud que muy pronto alcanzó su arte. Le vemos contemplar, tímidamente a lo primero, desde los muelles, la mole bam-

boleante de un viejo casco que lanza en la noche su rítmica quejumbre, o seguir con ojos ávidos el grupo marinero que, saturado de alcohol, camina por la tierra firme con tambaleos tan peligrosos como los del barco en mar gruesa; le acompañamos en su vigilia, en el puerto, y escuchamos con él toda la escala de rumores con que arrulla el mar a la tierra dormida, o vemos, desde su misma nave, surgir en lontananza una costa y arder, ya cercanas, las luces de la ciudad.

Este primer mar de Tomás Morales es un mar humano, vivido, pero no es aún todo su mar. De esta visión, en que tiene por compañeros al Tristán Corbière de *Gens de Mer* y al Rubén Darío de la *Sinfonía en gris mayor*, pasa el poeta de Canarias al deslumbramiento del mar mitológico en que surgen sus islas: sus ojos ven albear entre las olas una estela de perdidos continentes. Los dioses y los héroes cabalgan en sus corceles marinos, y su ensalmo hace surgir un mundo cuya voz ha de ser la misma voz del poeta. Aquellas rocas se hacen fecundas; el comercio va a tocar en ellas y a dejarlas ricas y prósperas. El canto ya no persigue aquellas siluetas rudas, aquellos breves cuadros de antaño; cobra entonaciones augurales, se llena del espíritu oceánico; nos parece que se levanta de la espuma, impregnado de sal y de yodo. Su entronque poético ha de buscarse ya en Verdaguer y en D'Annunzio.

Así se va formando, hasta entonarse con su modelación peculiar, la poesía de Tomás Morales; como el

aprendiz de orador que, para dar a su voz la sonoridad apetecida, gritaba a la orilla del mar, dominando el son de las olas alterado, este poeta saca del mar el canto robusto, el porte saludable, la voluptuosa plenitud de sus versos, que se distinguen, entre los de sus contemporáneos españoles por cualidades técnicas que ellos suelen tener un poco dejadas de mano.

Permítasenos traer aquí, sin elaborarlo de nuevo, porque nada sabríamos añadir, algo que escribimos a raíz de la publicación del segundo libro de *Las Rosas de Hércules:*

«Advertimos en Tomás Morales preferente atención a la rotundidad de sus versos. A través de su libro no se hallarán ensayos de ritmos irregulares, de cadencias sinuosas; todo es recio, medido, sonoro. Cuando el metro busca una libertad más amplia, fraccionándose en versos desiguales, el ritmo los hace unos desde el comienzo hasta el fin del poema. Pero lo más frecuente en él es la estrofa simétrica, de molde constante en una poesía; y nunca el verso de arte menor: rara vez aparece si no es en combinación con los otros mayores, como si en los más breves el tono general se recogiera un instante para continuar, de un salto, el avance solemne de la oda.

Esta palabra, oda, tras de la cual asoma su aviesa catadura la temible Preceptiva, parece también desterrada de los libros de hoy. Unida a lo que llevamos dicho acerca de los efectos de sonoridad alcanzados por

el poeta de Canarias, ya se le habrá podido clasificar entre los poetas elocuentes. Y, en efecto, lo es. Elocuencia y Poesía son dos hermanas que, separadas de hecho en la infancia y la florida doncellez, hiciéronse inseparables al madurar la juventud, y se volvieron a desunir, casi enojadas, cuando llegaron a edad reflexiva; ahora, en realidad, las vemos tan diversas, independientes e imposibilitadas para juntarse como a las figuras que las simbolizan, en sendas vidrieras, sobre el estrado de la Real Academia Española.

No son, sin embargo, incompatibles. Los que quieren limitar la poesía a una celosa intimidad, sustraen a su esfera infinitos asuntos; y, a no dudar, los hay, como estos que trata Tomás Morales en sus *Rosas de Hércules*, que, o se tratan elocuentemente, o se abandonan por completo. ¿Y por qué la poesía ha de renunciar a cualquiera cosa que sea? Lo esencial, en la poesía elocuente, es que siga siendo poesía; sus escollos serán distintos, pero no más temibles que los de la poesía íntima. Ésta puede caer en la trivialidad, donde aquélla puede ser hueca.

En *Las Rosas de Hércules* hallamos genuina, entusiasta, resonante poesía. Avanzando en la lectura, pronto nos damos cuenta del tono espiritual predominante en ella. Tomás Morales, alumno de Darío sólo en lo superficial, tiene sus profundos antecesores entre los poetas latinos: en Catulo, en Ovidio, en los tardíos Ausonio y Claudiano. Aquí una fragancia de rústico

el poeta de Cántaras, ya se le había podido clasificar entre los poetas elocuentes. Y, en efecto, lo es. Elocuencia y poesía son dos hermanas que, separadas de hecho en la infancia y la florida doncellez, felicísimas inseparables al madurar la juventud, y se volverán a desunir, casi enojadas, cuando llegue a edad reflexiva. Ahora, en realidad, las vemos tan diversas, independientes e imposibilitadas, para juntarse, como a las monjas que las arrullaban, en sendas vitrinas sobre el estrado de la Real Academia Española.

No son, sin embargo, incompatibles. Los que quieren limitar la poesía a una cosa intimidad, sustraer a su reino infinitos asuntos, X, a no dudar, los hay, como estos que tuve Tomás Morales en sus Odas de Atlántida, que, o se tratan elocuentemente, o se abandonan por completo. ¿Y por qué la poesía ha de renunciar a cualquiera cosa que sea? Lo esencial, en la poesía elocuente, es que siga siendo poesía; sus asuntos serán distintos, pero no más temibles que los de la poesía íntima. Esta puede caer en la trivialidad, donde aquélla puede ser nueva.

En Las Rosas de Hércules hallamos poemas enfáticos, recorrente poesía. Avanzando en la lectura, pronto nos damos cuenta del tono espiritual predominante en este Tomás Morales, mitad de Lario sólo en lo superficial, tiene sus profundos antecesores entre los poetas latinos: en Catulo, en Ovidio, en los lírricos Ausonio y Claudiano. Aquí era lozanía de rústico

huerto, enriquecido por la estación en maravilla de frutos; allí una pomposa alegoría, en que vuela un ser mitológico sobre exuberantes jardines, entre arquitecturas opulentas. De ahí viene la elocuencia, que es cualidad cardinal en la poesía de Tomás Morales, de su abolengo latino que, seguramente sin proponérselo, le lleva a acertar en su vocabulario con la palabra evocadora, concreta, apretada de zumo clásico, a sugerir con su alejandrino la andadura del pentámetro y a acentuar en exámetro la amplitud de sus versos mayores.

Las piezas más significativas de la colección, la «Oda al Atlántico», la «Balada del Niño Arquero», la composición «A Néstor», el «Canto a la Ciudad Comercial» y, sobre todo, la admirable «Alegoría del Otoño», son reveladoras de esta modalidad especial, de este puro abolengo latino, casi desaparecido de nuestra poesía, que da a los versos de Tomás Morales su imponente profusión barroca.»

Esto no lo contradicen, sino que lo confirman, los poemas que dan novedad a la edición de este libro primero de *Las Rosas de Hércules* y lo articulan en la totalidad de la obra: singularmente el «Canto inaugural» y el «Himno al Volcán», escrito en Agaete, tal vez pensando ya en lo que había de ser un libro tercero.

***

No le faltó a Tomás Morales, entre los hombres de su tierra, la consideración que se debe al espíritu. Esa consideración iba indisolublemente unida al cariño que

en todos despertaba su bondad perfecta, la irradiación cordial de su persona. Sus lecturas públicas, más que lecturas recitaciones, en que, echada atrás la cabeza y entornados los ojos, iba Tomás con su pastosa voz enronquecida cantando puramente los versos, eran triunfales. Más de una vez se reunieron para rendirle tributo de admiración y cariño sus amigos y émulos de Madrid, sus paisanos de Canarias. En uno de estos homenajes, Claudio de la Torre propuso fundir en bronce el busto del poeta, que modeló Victorio Macho. «El busto podría colocarse—decía—en un rincón grato de la ciudad, un rincón de flores y de sol, donde quedara dulcemente perpetuado el recuerdo de poeta insulario. Sin otra intervención oficial que el permiso de colocarlo en un lugar público para larga memoria del poeta.»

Vivía él entonces. Lo que era aspiración entusiasta de un grupo de amigos, se ha trocado, por obra de la muerte, en consagración necesaria. Ya está en vías de ser un hecho. Así vivirá la figura de Tomás Morales frente al mar que cantó, «frente al sonoro Atlántico», la eternidad del bronce. Pero también aquí vive. Aquí, en estos dos libros de versos en que está todo él, desde sus primeras rimas de muchacho sentimental hasta los cánticos de su madurez inspirada, en estas *Rosas de Hércules,* uno de cuyos ramos pudo él atar, dejando el otro al cuidado de un religioso amor que hoy cumple aquí su postrer deseo.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

LIBROS DE TOMÁS MORALES

POEMAS

POEMAS DE LA GLORIA DEL AMOR Y DEL MAR (Agotado), 1908

LAS ROSAS DE HÉRCULES. — LIBRO [redacted] PRIMERO, 1919

LAS ROSAS DE HÉRCULES. — LIBRO SEGUNDO, 1919

TEATRO

LA CENA DE BETHANIA, Representada en 1910

En este primer libro ~~Con el título~~ de LAS ROSAS DE HÉRCULES ~~[redacted]~~ van incluídos los POEMAS DE LA GLORIA, DEL AMOR Y DEL MAR.

LAS
ROSAS DE HÉRCULES

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la Ley.

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA. GLORIETA DE CHAMBERÍ. MADRID.

L POETA FUTURO

TOMÁS MORALES

¿ERES tú el de la nueva generación riente
que llegas con las manos ungidas de armonía,
y que cual ígneo faro conduces en la frente,
para guiar las almas, la luz de la Poesía?

¿Eres tú el venidero, magnífico profeta,
de Dios galardonado con inmarchitas palmas,
que en un alto cordaje de lírico poeta
cante de todo un siglo las luchas y las almas?

¿Eres el inspirado futuro evangelista,
el Genio que interprete los hechos inmortales;
y, con gigante pluma de inspiración no vista,
los grabe en sus estrofas lo mismo que en misales?

Mirando al horizonte tropiezo con tu frente,
cual si a su fin te alzaras como un sublime faro,
y miro el parpadeo de tu cerebro ardiente
cual órbita de un cíclope de ardor perenne y claro.

Como los regios buques de máquinas grandiosas
van hacia el faro vivo cruzando el mar extenso,
lo mismo que si fuesen gigantes mariposas
que huyeran, fascinadas, a un candelabro inmenso:

Así, se me figura, que irán como un torrente,
si fueses el sublme poeta del mañana,
las almas, hacia el faro radioso de tu frente
donde rutila un disco de lumbre soberana...

Haz de tu cuerpo un arpa con nervios de tu vida;
la red de tus arterias te sirva de cordaje;
sé un hombre prodigioso de frente embravecida
lo mismo que un humano y espléndido oleaje.

Llora con los que sufren sin porvenir ni nombre,
lucha con los que gimen para alcanzar la palma;
que tú y todos los hombres parezcan sólo un hombre,
que tú y todas las almas parezcan sólo un alma

Tiende la vista errante por cima del planeta,
mira las grandes vías que enlazan las ciudades;
y esparza, fecundante, tu antorcha de poeta,
por todos los caminos, sus altas claridades.

Canta el enorme tráfago de los tronantes puertos;
las cajas como témpanos, las grúas resistentes,
los largos rompeolas cual brazos siempre abiertos,
adonde llegan razas y pueblos diferentes.

Cante tu amor humano las redes de amplias vías,
que cruzan por los mares, que van tras de los montes;
descorre cual telones las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes.

Infla, sobre las aguas de móviles estelas,
los lienzos de los barcos como alas prodigiosas
y cual gigantes pájaros se perderan las velas,
rompiendo los confines, en brumas milagrosas.

Llave tu lira sea, llave de oro fundida,
que desabroche mares y términos sin nombres;
y, atónita, descubra que en todo el orbe hay vida,
en todas partes luchas y en todas partes hombres

Describe las mil flotas de bélico heroísmo
que artravesando piélagos sembrados de negrura,
derrumben sus cañones al fondo del abismo,
en medio del Atlántico, bajo un alba futura.

Pinta como la industria que de la China es gala;
hace un mantón de seda que fulge y encandila
y un barco que lo coje y haciendo va su escala,
deja en España el mágico pañuelo de Manila.

Describe como Persia que teje los tapices,
carga un solemne buque la tela esplendorosa,
y en el Tonkin distante desdobla sus matices
o en Nueva York despliega la trama prodigiosa...

Las cinco grandes cuerdas de tu protéica lira
del mundo entero sean los cinco Continentes,
o telescopio inmenso que a todas partes gira
y enfoca soles, mares, espíritus y frentes.

Todas las razas junte tu mágico renombre
como una tribu bíblica, bajo una inmensa palma;
que tú y todos los hombres parezcan sólo un hombre,
que tú y todas las almas parezcan sólo un alma.

Borra a las cordilleras sus altas crestería ss
aparta cual barreras los muros de los montes,
descorre cual telones las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes...

Y si, teniendo un arpa sublime y soberana,
no cantas de los hombres la lucha sempiterna:
¡Baje sobre tu pecho la execración humana!
¡Caiga sobre tu frente la Maldición Eterna!

Salvador Rueda

Marzo de 1908

A

LA MEMORIA

DE

DON MANUEL MORALES Y GONZALEZ

Y

DOÑA TOMASA CASTELLANO VILLA,

MIS PADRES,

ESTE PRIMER LIBRO

DE

LAS ROSAS DE HERCULES

DEDICO

T. M.

ANTO INAUGURAL

LAS ROSAS DE HERCULES

BAJO las rubias ondas del estío inclemente,
por apacibles cuencas y agrestes peñascales,
Hércules, recorría las tierras de Occidente.

Eran las venturosas épocas iniciales
cuando los sacros númenes de bondadoso ceño
solían su apariencia mostrar a los mortales.

Iba alegre, poseso de un desmedido empeño;
el loco aturdimiento tronchaba los arbustos,
vagando a la ventura, bárbaro y zahareño.

Cantaba: el vago viento prendía los augustos
sonidos, y los ecos lejanos repetían
la franca explosión de los pulmones robustos...

ANTO INAGURAL

TOMAS

BAJO las rubias ondas del estío inclemente,
por apacibles cuencas y agrestes peñascales,
Hércules, recorría las tierras de Occidente.

Eran las venturosas épocas iniciales
cuando los sacros númenes de bondadoso ceño
solían su apariencia mostrar a los mortales.

Iba alegre, poseso de un juvenil empeño;
el loco aturdimiento tronchaba los arbustos,
vagando a la ventura, bárbaro y zahareño.

Cantaba: el vago viento prendía los augustos
sonidos, y los ecos lejanos repetían
la franca explosión de los pulmones robustos.

Unánimes, al paso del semidiós, rendían,
vejetales y bestias, admiración conjunta;
ya los preclaros hechos, las famas, elegían

y ya la prestigiosa celebridad, presunta
del avatar paterno los épicos azares.
La clásica belleza, gloriosamente, ayunta

lo ingrave de Dionysos con el vigor de Ares:
bajo su piel nevada de adolescente griego,
proyéctanse los recios contornos musculares...

Pesaba el mediodía como un airón de fuego;
y, gloria del verano, la cigarra cantora,
narraba en lengua delia, con monocorde juego,

bélicos episodios de alguna acción sonora;
y, en excelente exámetro, su perennal suplicio:
¡la leyenda patética de Titón y la Aurora!

Ardían las montañas como en un sacrificio;
y la Tierra, preñada de gérmenes violentos,
ofrendaba a los cielos el corazón nutricio...

VACACIONES
SENTIMENTALES

. . . . . .

De toda la memoria sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.

ANTONIO MACHADO.

I

ORTIJO DE PEDRALES, EN LO ALTO DE LA SIERRA,
con sus paredes blancas y sus rojos tejados;
con el sol del otoño y el buen olor a tierra
húmeda, en el silencio de los campos regados.

Bajo la dirección tenaz de los mayores
se ~~construyó~~ fomentó la hacienda y se plantó la viña;
y más tarde, sus hijos, que fueron labradores,
regaron con su egregio sudor esta campiña.

Todo está como ellos lo dejaron: la entrada
con su parral umbroso y el portalón de encina;
aun la vieja escopeta de chispa, abandonada,
herrumbroso trofeo, decora la cocina.

Allí los imagino, con ademán sereno,
bajo las ~~recias~~ negras vigas del ~~artesón ahumado~~ recio artesonado,
al presidir la mesa, partiendo el pan moreno,
sus diestras, que supieron conducir el arado;

o en la quietud benigna del campo bien oliente,
mientras el agua clara corre por los bancales,
de codos sobre el mango de la azada luciente
e inclinadas a tierra las testas ancestrales...

¡Oh, el perfume de aquellas existencias hurañas,
que ignoraron, en medio de estos profusos montes,
si tras esas montañas habría otras montañas
y nuevos horizontes tras estos horizontes!

La casa blanca al borde de las espigas rubias,
la conciencia serena y el hambre satizfecha,
los ojos en las nubes que han de traer las lluvias
y el alma en la esperanza de la buena cosecha...

Y así fueron felices... De toda su memoria
sólo quedó esta página inocente y tranquila:
¡Vivieron largamente, sin ambición ni gloria,
su vida fué una égloga dulce como una esquila!

I. Página .-CORTIJO DE PEDRALES

II

LAXITUD soñolienta de la noche aldeana,
en la paz encantada del viejo caserío,
cuando, para el ensueño, buscamos la ventana
de nuestro cuarto, abierta sobre el campo en estío.

La luna, que esta noche brilla más transparente,
parece enamorada del silencio rural;
la quietud de los álamos en el tranquilo ambiente
y el agua de la acequia dentro el cañaveral...

La música del agua, plañendo cristalina,
estos días de junio, fluye más melancólica;
oculto entre unas piedras, en su flauta pristina,
un grillo silba una serenata bucólica.

Ycon el viento, vienen los más tenues aromas
que labora el milagro de los dulces rosales;
el viento que nos cuenta de las fragantes pomas
y que ha dormido en medio de los verdes maizales...

Y algo que es como un sueño, que con el aire viene
a buscar nuestras almas, que acaso es comprensivo

sólo para nosotros, esta noche que tiene
la quietud oportuna que hace el recuerdo vivo...

Mas en tanto evocamos los ayeres soñados,
con tal ansia aguardamos un mañana más puro,
que daríamos todos los ensueños pasados
por la clarividencia del ensueño futuro...

Para olvidarlo luego, pero que nuestro olvido
sea una voz que diga muy quedo: -No te pierdas
en la memoria, espera; sé un recuerdo querido,
al que se le pregunta con lágrimas... ¿Te acuerdas?..

III

Y he recordado... El breve rincón de un pueblecillo;
una casa tranquila inundada de sol;
unas tapias musgosas de encarnado ladrillo
y un jardín que tenía limoneros en flor.

Una pequeña rubia como un fruto dorado,
cuyas pupilas eran de una apacible luz,
y un audaz rapazuelo de correr alocado
vestido con un traje de marinera azul.

Primavera era el hada de sus juegos pueriles...
En la huerta sonaban los gritos infantiles
que callaban, de pronto, bajo la tarde en paz;

cuando una voz llegaba, serena y protectora,
desde el balcón, donde una enlutada señora
llamaba dulcemente: Guillermina... Tomás...

IV

Entonces era un niño con los bucles rizados:
á la tarde, solía jugar por el jardín;
feliz con mi trompeta, mi caja de soldados,
sin más novelería que los cuentos de Grimm.

Había algunas niñas, amigas de mi hermana:
Leopoldina era rubia con oros de trigal;
Carmencita, morena como una sevillana;
Lucila era tan pálida!... Y la traviesa Juana
reía en el crepúsculo sonrisa de cristal...

Esta era la alegría: en cuanto era llegada
se poblaba de trinos el amplio caserón
con su vestido blanco, su carita rosada
y aquellos labios, rojos como una tentación...

De todas las muchachas era la preferida:
ella fué mi primera visión sentimental...
Al recordar ahora su silueta querida,
siento que mi alma tiene dulzuras de panal...

Yo estaba enamorado de mi amiguita... Un día
en que el sol de su risa brilló más retozón,
eché á correr tras ella por ver si la cogía;
y la cogí... Y, entonces, como ella se reía,
yo besé aquella risa, que era mi tentación...

V

Por fin se terminaron aquellas vacaciones.
Otra vez el colegio con su péndulo lento;
los empolvados mapas de los largos salones
y los eternos días llenos de aburrimiento...

A últimos de Septiembre, una mañana fría,
nos recogió el vetusto coche de la pensión.
¡El primero de Octubre! Poco piadoso día,
que era tan detestado por nuestro corazón!...

Entre besos y lágrimas nos hemos despedido...
Una tenue llovizna que empaña los cristales,
desciende finamente sobre el campo aterido,
empapando las hojas de los cañaverales...

Vamos cruzando el pueblo que duerme sosegado:
algunas puertas se abren; algunos labradores
que van al campo, pasan fumando á nuestro lado,
y al saltar de las ruedas sobre el tosco empedrado,
despiertan los primeros gallos madrugadores.

Llegamos á la plaza. De la fragua al abrigo,
miramos, inundados de un profundo pesar,
al hijo del herrero, nuestro ~~mejor~~ amigo, excelente
que en el umbral asoma para vernos marchar.

Y al llegar al colegio, vemos sin alegría
nuestro uniforme y nuestra gorra galoneada,
que el alma, entonces niña, con gusto trocaría
por el tragín sonoro de la vieja herrería
y la carilla sucia de nuestro camarada...

VI

A FERNANDO FORTÚN

Esta tarde he leído á Rodenbach. El día
ha sido el más propicio que hubo en todo el Verano...
La quietud casi triste de este salón antiguo
de un amigo que espero; el misterioso encanto
de esas altas ventanas que tienen muselinas:
la quietud de los viejos espejos biselados
y este vaso con flores nuevas sobre la mesa...
En la mesa hay un libro: el del poeta amado.

«Les chambres, qu'on croirait d'inanimés décors»
han, sin embargo, un alma; pero que es necesario
sorprender en el seno de los grandes silencios...
Y yo, con el poeta, la sorprendí: Fernando.

En estas horas buenas de exaltación de espíritu,
la inquietud de las cosas desciende á nuestro lado,
y al indagar sus almas frente á frente al misterio,
sentimos que las nuestras se van sutilizando

y miramos y vemos, y escuchamos y oímos,
algo que en nuestra vida ni vimos ni escuchamos...

¿No has sentido una noche, cuando á casa volviste,
al abrir á deshoras la puerta de tu cuarto,
agitarse en un vuelo ligero las cuartillas
y temblar los cristales con pasajero espanto?...
Creíste que fué el viento de la puerta al abrirse...
¡Creíste que fué el viento... y no fué el viento acaso!

Yo he visto en un espejo de Trianón una tarde,
la aparición de un rostro inmensamente pálido,
y el cuello de una Reina, sobre el que florecía,
ciñéndolo, la púrpura de unos corales trágicos...
Y fué una momentánea visión, y fué tan brusca.
que yo pensé, fué un sueño... y no fué un sueño acaso!...

«*Douceur du soir! Douceur de la chambre sans lampe!*»
Dulzura del crepúsculo soñador y romántico,
de los viejos salones de muebles silenciosos,
de las alcobas dulces y los pasillos largos!...
Dulzor íntimo y suave, para pensar á solas;
para repetir sueños, que ya fueron soñados,
y forjarnos tristezas, porque somos felices,
dejando la alegría para los desgraciados...

La cámara está á obscuras... apenas en el hueco
de la ventana abierta, hay un difuso cuadro
de claridad cernida; y junto á él en penumbra.
los arcaicos sillones de solemnes respaldos,
y el borde de una mesa, con pulidas molduras,
por donde corre un hilo de luz encandilado...

Y las sombras avanzan: ya apenas en el fondo
se perciben los amplios cortinones plegados,
y el cristal de un espejo que brilla fugitivo,
mientras en la penumbra, junto á un rincón, callado,
enseña en un bostezo de silencio y de hastío,
su blanca dentadura de marfil el piano...

Y de pronto, campanas... Un repique sonoro
se difunde en la quieta meditación del ángelus.
llegando hasta nosotros ledamente, impreciso;
y en este único instante, como á un conjuro mágico,
tiemblan las muselinas imperceptiblemente,
unos pétalos mueren de inquietud en el vaso,
y del piano en éxtasis surge una melodía
tan severa, tan pura: de un sollozar tan plácido;
cual si una mano en sueños, desmayada de olvido
dejara una tristeza vagar por el teclado...
Después... nada; penumbra, vaguedad, quietud... nada!
El silencio prosigue...

Un antiguo criado
de la casa ha encendido la lámpara, y se ha ido;
se escuchan en la calma del corredor sus pasos,
alejarse seniles, en el crujir del suelo,
y perderse á lo lejos...

El salón alumbrado
ha perdido el misterio; la sombra huye medrosa,
y se oculta vencida, tras los viejos retratos,
debajo de los muebles, junto á las muselinas
y entre las plegaciones de los portiers pesados...

Y como con la lámpara, se ha extinguido el ensueño
acudí á la ventana. Sobre la paz del campo
va muriendo el crepúsculo... Esta noche de Julio
tendrá para mi espíritu la placidez de un bálsamo...
Pensé unos versos tuyos: *Parece que mi alma*
salió de mí, y se ha hecho el alma de este ocaso!...
He encendido mi pipa que rima con la luna,
y he contemplado el humo...

Mi amigo ha regresado...

VII

Y como se ha quedado la ventana entornada,
la estancia se ha llenado de claridad lunar;
y nosotros pensamos: es nuestra bien amada
la luna, que esta noche nos viene á ~~acompañar~~. consolar...

VII

Y con la luna ha vuelto la visión de mi hermana
en el plácido ambiente de los primeros años;
aquel verano vino de la pensión ufana;
ya era una mujercita con sus catorce años.

Vino también tía Rosa, ya un poquito arrugada,
cuyas viejas historias gustábamos oir;
sobre todo las que eran de aquella temporada
tan célebre: dos meses pasados en Madrid...

Cuando viera á la Reina una tarde de Enero
en la carroza regia por la Puerta del Sol;
y pintorescos cuentos de aquel Rey jaranero
caballero perfecto, simpático español.

Cual buena provinciana, no se le quedó nada
por ver, y recordaba con deleite especial
cuando á primera hora, de maja disfrazada,
fué con unas amigas al baile del Real.

Las máscaras estaban, á su decir, divinas,

con el rostro cubierto por el negro antifaz;
los palcos encantaban llenos de serpentinas...
las mujeres tan lindas y los hombres de frac!

Mas todos los requiebros se dijeron por ella—
de algunos recordaba la picaresca sal.—
Quizás por ser más tímida, no por ser la más bella,
¡las había tan bellas en ese carnaval!

Y nosotros quisimos ver el disfraz preciado
que por aquel buen tiempo fué toda su ilusión
y que ahora dormía sus glorias, olvidado
en el apolillado misterio de un arcón...

Del que ella fué sacando con cuidadoso anhelo
entre cintas marchitas y deslucidos trajes:
la cumplida basquiña de negro terciopelo,
y la mantilla blanca tembladora de encajes...

Un escarpín de raso con un bordado alterna
y unas medias rosadas, tras una falda grana,
dignas de haber ceñido la torneada pierna
de la gentil Rosario Fernández, La Tirana...

Mi hermana ha recogido todos estos primores,
ha salido y ha vuelto poco rato después;
y ya era una manola de los tiempos mejores
hija de Maravillas, del Rastro ó Avapiés...

Y adoptando un gracioso talante pinturero,
nos miraba con una sonrisa picaruela:
yo entusiasmado entónces le arrojé mi sombrero
diciéndole un piropo de una vieja zarzuela.

Y benévolamente tía Rosa sonreía
acaso recordando el donaire jovial,
conque el Rey Don Alfonso la llamó: ¡Reina mía!
aquel inolvidable Martes de Carnaval...

Cuando á mi alma interrogo sobre el ensueño ido
y viene á mí el encanto de aquella buena hora:
Entre caras brumosas empañadas de olvido
hay una, que recuerdo cual si la viese ahora.

Fué un nuestro buen amigo; sus miradas errantes
daban á sus pupilas una visión inquieta,
y por sus aficiones todos los estudiantes
llamábanle, con tono desdeñoso, el poeta.

Mientras los camaradas juegan indiferentes
él solía leerme sus versos inocentes
con voz emocionada y en tono muy formal.

No sé lo que habrá sido de ese buen compañero;
yo que entonces hubiera querido ser torero
sentía por él una compasión fraternal...

Tarde de oro en Otoño, cuando aún las nieblas densas
no han vertido en el viento su vaho taciturno,
y en que el sol escarlata, de púrpura el poniente,
donde el viejo Verano quema sus fuegos últimos.

Una campana tañe sobre la paz del llano
y á nuestro lado pasan en un tropel confuso,
aunados al geórgico llorar de los esquilas
los eternos rebaños de los ángelus puros.

Otoño, ensueños grises, hojas amarillentas,
árboles que nos muestran sus ramajes desnudos...
Sólo los viejos álamos elevan pensativos
sus cúpulas de plata sobre el azul profundo...

Yo quisiera que mi alma fuera como esta tarde,
y mi pensar se hiciera tan impalpable y mudo
como el humo azulado de algún hogar lejano
que se cierne en la calma solemne del crepúsculo...

ELOGIO DE LAS CAMPANAS

Cuando en la noche reina la quietud silenciosa,
y hasta es callado el viento que mueve las espigas,
desciende hasta mi alma una voz afectuosa...
Las campanas del pueblo son mis buenas amigas.

Pero hay una entre todas que tiene mis amores
porque tienen sus sones más infantilidad,
yo la amo más que á todas sus hermanas mayores
y aun más que á las campanas grandes de la ciudad...

Esquilón de la aldea que eres como un hermano
que sabes tantas cosas queridas para mí,
cuando alegre repicas con tu lirismo vano
volteando en la torre travieso y parlanchín.

Y eres como un chicuelo alocado y violento
que aprovecha un descuido para ser decidor,
mientras su madre espera tras un trepidamiento
el golpe del ~~sonoro~~ martillo del reloj.

pesado

Tu abuela sabidora fué una vieja cigüeña
que sólo te hizo cuentos de los que hacen reir
por eso, aunque eres viejo, tienes la voz risueña
y hasta tu son cascado tiene un dejo infantil.

Por lo mismo te he dado mis afectos mejores
por ingenuo y por fútil en tu sonoridad...
Yo te amo más que á todas tus hermanas mayores
y aun más que á las campanas grandes de la ciudad...

LA VOZ DE LAS CAMPANAS

Su lenguaje es sencillo como su alma que es buena,
para los funerales tienen un triste son,
en Primavera ríen, cantan por Nochebuena,
parece que en los Angelus invitan á la cena
y después nos anuncian la plática serena
tan huecas y tan graves las noches de sermón...

POEMAS
DE ASUNTO VARIO

A

FRANCISCO VILLAESPESA

And in paceful hour doth cry, kill, kill
Distemp' ring gentle love in his desire.

SHAKESPEARE

CANTO SUBJETIVO

YO amo el sol en el triunfo de la naturaleza,
los ensueños heroicos de las eras triunfales
y las tardes de otoño, que tienen la tristeza
de las cosas ingenuamente sentimentales.

El rumor de los élitros y el agua de la fuente
-la eterna letanía de las viejas quimeras-
que con amor, a veces, y otras indiferente,
voy uniendo a mis rudas canciones marineras.

El mar tiene un encanto, para mí, único y fuerte;
su voz es como el eco de cien ecos remotos
donde flotar pudiera, más fuerte que la muerte,
el alma inenarrable de los grandes pilotos...

Alma de los turbiones y del grueso oleaje
que el misterio marino de iniciaciones puebla;
que silba con la lira sonora del cordaje
y calla en el silencio de los días de niebla...

Yo sé de los piratas de homérica osadía,
y aprendí sus historias, más grandes que ninguna,
cuando, vijero en sueños, pasé en su compañía
las noches del Adriático claras como la luna.

¿Y después? -Fueron brumas y fué un ignoto abismo
de incomprensibles seres y extraña arquitectura;
y ahondando en su misterio y en mi profundo mismo,
divisé el aquilino perfil de la locura...

El me guió hasta el seno de un raro firmamento:
horizontes al brillo de una imposible aurora;
donde caí, mas, luego, pasó el enervamiento
y olvidé, y olvidando, volvió a tomar mi acento
la serena tersura del agua fluidora...

Como tras la blasfemia viene el remordimiento...

Ellos me redimieron, y así, mi fantasía
juzga a todos los hombres de un uniforme modo:
para aquellos que no aman en mi filosofía
tengo el gesto benévolo que lo perdona todo...

Y si veis que mi alma, a menudo, comete

el pecado de ingenua; no os burleis, se concibe:
soy como un buen abuelo que ha robado un juguete
por contentar al niño que en nuestras almas vive...

¿Y el amor? -Fué el más noble de mis cantos añejos:
yo ensalcé de los besos el manantial sonoro,
el cinabrio escarlata de los labios bermejos
y el lunar espectáculo de los cabellos de oro...

Sé que han de ser crueles los venideros días,
porque, en el breve espacio de mis veintidós años,
desbordé del espíritu todas las alegrías
para que en él cupieran todos los desengaños.

Por eso sé ser triste y en ocasiones, fuerte;
y en medio de mi escudo pondrá mi fe ilusoria:
el hacha de abordaje que sabe de la Muerte
y el bandolín de plata que espera de la Gloria...

LA ESPADA

A SANTOS CHOCANO

YO he forjado mi acero sobre el yunque sonoro,
al musical redoble del martillo potente;
y he adornado, en mis noches de trabajo paciente,
con líricos emblemas su casoleta de oro.

Su rica empuñadura vale todo un tesoro,
y su hoja, fina y ágil, pulida y reluciente,
al girar en el aire vertiginosamente,
brilla al sol con la ráfaga fugaz de un meteoro...

Yo quise que en mi verso, como en mi espada, hubiera
románticos ensueños y cánticos triunfales
-la gloria por escudo y el amor por cimera-

como aquellos famosos hidalgos medioevales,
que acoplaban los hilos de una gentil quimera
al épico alarido de las trompas marciales...

A HONDA

A AMADO NERVO

NOCHES de la Naturaleza,
hechas de sombra y de grandeza,
todas misterio y emoción;
para ser grande o valeroso
y tener fuerzas de coloso
o tener garras de león...

O débil ser como la espuma
y preferido de la bruma
en los silencios de la luz;
cuando levanta en el espacio,
la media luna de topacio,
su melancólico testuz...

El bosque en sombra es el santuario
donde algún genio milenario
savias eternas descubrió;

la luna plena es un diamante
que lanzó la honda de un gigante
y en la alta noche se clavó...

Y quise ser un sol de plata
o la encantada serenata
del nocherniego ruiseñor;
como la estrella que relumbra
o tener alas de penumbra
como el misterio y el dolor...

Y quise ser como el hondero:
busqué un diamante en mi sendero,
mas no lo pude descubrir;
y lo busqué en mi fantasía
y lo encontré: con energía
se alzó mi brazo para herir...

Y una quimera, mi tesoro,
como un relámpago de oro,
mi honda a los aires despidió;
pero no sé lo que fué de ella...
¡Acaso sea alguna estrella
que en el silencio se perdió!

E R E N A T A

N cantar enamorado
vibra en la alegre floresta;
el parque en luna bañado
está, esta noche, de fiesta.

Fiesta de orgullo y quimera
que se celebra en honor
de ser esta la primera
noche de la primavera,
tan buena para el amor...

Ya los pajes han servido
el vino, ya los bufones
su carcajada han reído;
ya lleno de insinuaciones
está el boscaje florido...

Por las sendas asombradas
de plátanos y laureles
se oyen perdidos rumores:
parejas enamoradas
de doncellas y donceles
van diciendo sus amores.

Y a lo lejos, en la umbría
misteriosa del jardín;
la dulce melancolía
de un amable bandolín
dice una galantería:

-Tiene el Conde tres doncellas
rubias como el sol de mayo,
sus pupilas son estrellas
mensajeras de fortuna;
cada cabello es un rayo
tembloroso de la luna...

Ojos claros, ojos claros, ojos claros;
blanca tez...
La una es rubia, la otra es rubia, la otra es rubia...
¡Oh, qué rubias son las tres!

Calla la voz; a distancia
responde otra dulce voz,
envuelta entre la fragancia
de los jazmines en flor:

-Las doncellas
son las bellas
azucenas del jardín:
y son ellas
las estrellas
que una noche en que la luna se moría
se asomaron a la vida, sonrientes,
evocadas por las notas transparentes
de un violín...

De las quiméricas glosas
callan los dejos sutiles
y se pierden, vagarosas,
las parejas juveniles...

Sólo se escuchan perdidos
rumores en las desiertas
sendas al amor abiertas;
tras los macizos floridos,
algunas risas despiertas

y algunos besos dormidos.

Luego, la voz, a lo lejos,
repite su languidez:
-La una es rubia, la otra es rubia, la otra es rubia...
¡Oh, qué rubias son las tres!

Y el eco leve, sonoro,
lejano, del bandolín:
-Las doncellas
son las bellas
azucenas del jardín...

ROMANCE DE NEMOROSO

ROMANCE de Nemoroso,
vieja historia no sabida,
oyérala yo a un cabrero;
bien veréis, que aquí principia:

Por hacer llorar la flauta
Nemoroso le decían;
como era muy bondadoso
por Nemoroso atendía...
¡Mañana de primavera,
de abril era mañanita!
Por las riberas del Tajo
su rebaño discurría,
cuando del agua, llorosa
viera salir una ninfa:
triste llevaba la cara,
de gran pena se dolía.
-¿Qué mal habedes, señora?
Nemoroso le decía.
-Cuitada, busco una ajorca
que mis tobillos ceñía;

toda de oro es compuesta
y de esmeraldas guarnida;
perdiérala yo esta noche
cuando mi tocado hacía...
-Yo buscaré vuestra ajorca,
Nemoroso respondía.
Ella le miraba atenta;
Nemoroso enrojecía.
El, buscaba y rebuscaba,
élla, miraba y reía;
y él buscando y élla riendo
se pasaron todo el día...

Cansáranse de este juego,
ya la tarde anochecía;
al ver la primera estrella
el pastor se despedía;
la bella, al verle dispuesto,
de este modo le decía:
-No tengas pena ninguna,
no la tengas, por tu vida,
que la prenda que buscaba
en ti sólo era perdida,
y al encontrármela, dóime,
dóime por muy complacida...
Al oir estas razones
Nemoroso sonreía:

-Muy mal habedes obrado,
mi dueña y señora mía; 2
si antes hubiérais hablado
de otra manera sería,
que aunque soy pastor de ovejas
también sé de galanía...

Cuatro horas se pasaron,
platicando, en compañía...
al finalizar las cuatro,
medianoche era venida.
A la claror de la luna
el pastor se despedía;
recogiera su ganado,
por el monte se metía.
Ella en el río se entraba,
por el amor dolorida.
¡La flauta cantaba amores,
llorando, en la serranía!
La ninfa, sobre las aguas
suspirando, se dormía...

¡Romance de Nemoroso!
Ya está la historia sabida,
oyérala yo a un cabrero;
bien veréis, que aquí termina...

RISELEFANTINA

UNGE tu cuerpo virgen con un perfume arménico,
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro
y ruede sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.

Eres divina ¡oh reina! tu carne es nacarina;
y tienen tus contornos olímpicos, los bellos
contornos de una estatua. ¡Oh, reina, eres divina,
desnuda, bajo el áureo temblor de tus cabellos!

Nuestro tálamo espera bajo un rosal florido,
donde una leve luna trémulamente irradia
aquel claror tan plácido que iluminara un nido
en un vergel recóndito de la amorosa Arcadia...

También un nido aguarda a los nuevos esposos:
es un tálamo blanco de blancas flores lleno;
de olorosos jazmines y nardos olorosos,
casi tan albos como la albura de tu seno...

Serás reina entre flores, serás la compañera
de las rosas más blancas; la más fragante y pura.
Ya el lecho que te ofrenda la dulce primavera
suspira por la breve carga de tu hermosura.

Yo amaré, entre las flores, tu perfume abrileño
y al verte entre mis brazos, ilusionada y loca;
yo te daré el rimado búcaro de un ensueño
a cambio de las mieles de tu exquisita boca.

El cielo será un palio sobre nuestra fortuna;
un surtidor lejano dirá una serenata,
y al sentirnos dichosos, bajo un rayo de luna,
abrirá nuestras venas un alfiler de plata...

Yo besaré tus labios tierna, cupidamente;
-tus senos en mis manos, con languidez opresos-
su plegaria nocturna suspenderá la fuente
para aprender el ritmo de tus últimos besos.

Un salmo acariciante preludiarán las hojas;
y moriremos viendo como las albas flores,
al fluir de la sangre, se van tornando rojas
como el lecho de púrpura de los emperadores...

BODAS ALDEANAS

ZAGALA: de tus labios deja que pruebe
el vino. Hoy que tu cuerpo, potente ciño,
quiero que en sus corales tu boca lleve
el calor de los besos de mi cariño...

Gustaré de tu aliento la esencia leve
y sentiré, en tus brazos, ansias de niño
al ver como levanta tu seno breve
el azul terciopelo de tu corpiño...

Mi juventud hoy busca carne morena;
tras la carne rosada, la tuya es buena...

Lejos de nuestra mente penas y engaño:
al amor y a la vida fieles seremos,
y en bien de nuestras nupcias, inmolaremos
el más dulce cordero de tu rebaño...

ALINODIA

YO soy aquel buen juglar
que de un pretérito amar
guardó una piadosa herida;
yo soy aquel rimador
que entre el amor y el amor
rimó, cantando, su vida.

Aquel que en su serenata
creyó la luna de plata
y de cristal la laguna;
y, en noche de primavera,
confundió una cabellera
con el oro de la luna.

El que embocó sus destinos
por mentirosos caminos,
ebrio de augustos venenos,

pues creyó que, milagrosas,
eran las mejillas rosas
y eran de nácar los senos.

Aquel que loco de anhelos,
por la rabia de los celos,
se sintió un día cruel;
e hizo, por causarla enojos,
un madrigal a otros ojos
que no eran azules... y el

que era niño y no sabía
sino cuentos de alegría,
mas luego de un triste amor,
sus rimas siguió tañendo,
pero las fué entretejiendo
con historias de dolor...

De aquel buen tiempo pasado
me resta como un legado,
en mi lírico saber:
un ensueño florecido,
un corazón dolorido
y unos ojos de mujer...

Más que los nácares buenos,
hoy, me parecen los senos;
las ojeras más brumosas,
las venas más azuladas
y las mejillas rosadas
más rosadas que las rosas...

POEMAS DEL MAR

SALVADOR RUEDA

Agua y cielo, borrascas, muelles abarrotados...
Toda una recia vida procuré troquelar,
para ti, en estos bravos poemas impregnados
con los acres olores de las brisas del mar.

Mis rudos marineros de semblantes torrados
y almas casi infantiles, conocen tu cantar;
y en mis amplios velámenes al viento desplegados,
has puesto tú un brochazo del bermellón solar.

Monarca de poetas, alma al amor forjada;
tu solio es una roca de una playa dorada
desde donde el misterio de lo Infinito ves;

y adonde, coronada de espumas seculares,
te lanza como ofrenda este hijo de los mares
la ola de su estrofa que se rompe a tus pies...

EL MAR es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré, de niño, su salobre fragancia
y aún llevo en mis oídos su bárbaro fragor.

Yo amo mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

Y amo estos barcos sucios de grasientos paveses,
de tiznadas cubiertas y herrumbrosos metales,
a cuyo bordo vienen marinos genoveses
de morenos semblantes y ojos meridionales.

Y a esos pobres pataches, tristes, desmantelados,
de podridas maderas y agrietado pañol;
más viejos que estos lobos que en un huacal sentados,
al soco de los fardos, están tomando el sol.

Y en tanto humean sus pipas, contemplan las viajeras
naves, que hunden sus torsos de hierro en la bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras
en las que, acaso, fueran los héroes un día:

Gavieros atrevidos y patrones expertos
que en la noche sondaron los mas distantes lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los mares...

Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con recia algarabía,
entre los crujimientos de los mástiles rotos
y las imprecaciones de la marinería.

Y luego, cuando el barco navegaba inseguro,
y era la noche negra como un ceñudo arcano,
miraron, en el fondo del horizonte oscuro,
aparecer la luna como un fanal lejano...

¡Oh gigante epopeya! ¡Gloriosos navegantes
que a la sombra vencisteis y a la borrasca fiera,
gente de recios músculos, corazones gigantes;
yo quisiera qu mi alma como las vuestras fuera!

Y quisiera ir a bordo de esos grandes navíos,
de costados enormes y estupendo avanzar,
que dejan en las nubes sus penachos sombríos
y una estela solemne sobre el azul del mar.

Y el timonel sería de esa griega corbeta
que hincha sus velas grises en el ambiente azul;
o el capitán noruego del bergantin-goleta
que zarpó esta mañana con rumbo a Liverpool...

¡Hombres de mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
del muelle os gritaría, al veros embarcar:
¡Dejadme ir con vosotros, de grumete siquiera,
yo, cual vosotros, quiero ser un Lobo de Mar!

I

UERTO DE GRAN CANARIA, SOBRE EL SO-
NORO ATLANTICO,
con sus faroles rojos en la noche
calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos, en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las muertas ondas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

II

LA taberna del muelle tiene mis atracciones
en esta silenciosa hora crepuscular:
yo amo los juramentos de las conversaciones
y el humo de las pipas de los hombres de mar.

Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra;
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves, sus copas de ginebra.

Uno muy viejo cuenta su historia: de grumete
hizo su primer viaje el año treinta y siete,
en un bricbarca blanco, fletado en Singapoore...

y, contemplando el humo, relata conmovido
un cuento de piratas, de fijo acaecido
en las lejanas costas de América del Sur...

III

Y volvieron, al cabo, las febricientes horas;
el sol vertió su lumbre sobre la pleamar,
y resonó el aullido de las locomotoras
y el adios de los buques dispuestos a zarpar.

Jadean, chirriantes, en el trajín creciente,
las poderosas grúas; y a remolque, tardías,
las disformes barcazas, andan pesadamente
con los hinchados vientres llenos de mercancías.

Nos saluda, a lo lejos, el blancor de una vela,
las hélices revuelven su luminosa estela;
y entre el sol de la tarde y el humo del carbón,

la blanca arboladura de un bergantín latino,
se aleja, lentamente, por el confín marino
como un girón de bruma, sobre el azul plafón...

IV

ESTA noche, la lluvia, pertinaz ha caído,
desgranando en el muelle su crepitar eterno,
y el encharcado puerto se sumergió aterido
en la intensa negrura de las noches de invierno.

En la playa, confusa, resonga la marea,
las olas acrecientan en el turbión su brío,
y hasta el medroso faro que lejos parpadea,
se acurruca en la niebla tiritando de frío...

Noche en que nos asaltan pavorosos presagios
y tememos por todos los posibles naufragios,
al brillar de un relámpago tras la estensión sombría;

y en que, al travez del viento, clamorosa resuena,
ahogada por la bruma, la voz de una sirena
cual un desesperado lamento de agonía...

VI

LLEGARON invadiendo las horas vespertinas,
el humo, denso y negro, manchó el azul del mar;
y el agrio resoplido de sus roncas bocinas
resonó en el silencio de la puesta solar.

Hombres de ojos de ópalo y de fuerzas titánicas
que arriban de países donde no luce el sol;
acaso de las nieblas de las islas británicas
o de las cenicientas radas de Nueva York...

Esta tarde, borrachos, con caminar incierto,
en desmañados grupos, se dirigen al puerto,
entonando el *God save*, con ritmo desigual...

Y en un *¡Hurrah!* prorrumpen con voz estentorosa
al ver, sobre los mástiles, ondear victoriosa
la púrpura violenta del Pabellón *Royal*...

VII

MARINOS de los fiordos, de enigmático porte,
que llevan en lo pálido de sus semblantes bravos
toda el alma serena de las nieves del Norte
y el frío de los quietos mares escandinavos.

En un invierno, acaso, por los hielos cautivos,
en el vasto silencio de las noches glaciales,
sus apagados ojos miraron, pensativos,
surgir las luminosas auroras boreales...

Yo vi vuestros navíos arrivar en la bruma:
el mascarón de proa brotaba de la espuma
con la solemne pompa de una diosa del mar;

y los atarazados velámenes severos
eran para el ensueño cual témpanos viajeros
venidos del misterio de la noche polar...

VIII*

ESTA vieja fragata, ducha navegadora,
que luce en nuestro puerto su aparejo cansino
y, bajo el botalón, enristrando la prora,
policromado en roble, un caballo marino...

Esta vieja fragata portugesa, en la rada
reposa su ventruda vejez de cachalote;
navegó tantos años y está tan averiada,
que es un puro milagro que se mantenga a flote...

Acaso ¡pobre nave! rcuerde en su porfía
la irreflexiva pompa con que un lejano día
zarpó del astillero, velívola y sonora;

y en este puerto extraño, de pesadumbres llena,
hoy, valetudinaria, sobre estribor se escora
buscando el tibio halago del sol en la carena...

IX*

ESTA vieja fragata tiene sobre el sollado
un fanal primoroso con una imagen linda;
y en la popa, en barrocos caracteres grabado,
sobre el LISBOA clásico, un dulce nombre: OLINDA...

Como es de mucho porte y es cara la estadía
alija el cargamento con profusión liviana:
llegó anteayer de Porto, filando el mediodía,
y hacia el Cabo de Hornos ha de salir mañana...

¡Con qué desenvoltura ceñía la ribera!
Y era tan femenina, y era tan marinera,
entrando, a todo trapo, bajo el sol cenital;

que se creyera al verla, velívola y sonora,
una nao almirante que torna vencedora
de la insigne epopeya de un combate naval...

X

HOY es la botadura del barco nuevo: LUISA-
MARIA -LAS PALMAS: lo han bautizado ayer;
su aparejo gallardo sabrá correr la brisa.
¡Por San Telmo, que es digno de un nombre de mujer!

Es blanco y muy ligero, de corto tonelaje
para darle más alas a su velocidad;
directo a Las Antillas hará su primer viaje
al mando del más grande patrón de la ciudad.

¡Buen piloto! valiente, sesenta años al cuento
de la mar; diez naufragios, y, como complemento,
alma de navegante procelosa y bravía.

No hay temor por su barco; saben sus compañeros
que antes de abandonarle, con él perecería:
que así han obrado siempre los buenos marineros...

X

S todo un viejo lobo: con sus grises pupilas,
las maneras calmosas y la tez bronceada;
solemos vagar juntos en las tardes tranquilas;
yo le estimo, él me llama su joven camarada.

Está bien orgulloso de su pasado inquieto;
ama las noches tibias y los días con sol;
y entre otras grandes cosas dignas de su respeto,
es una, la mas alta, ser súbdito español.

En tanto el mar se estrella contra las rocas duras,
él gusta referirme curiosas aventuras
de cuando fué soldado de la Marina Real;

de aquel famoso tiempo guarda como regalo
la invalidez honrosa de su pierna de palo
y su cruz pensionada del Mérito Naval...

XLXVIIIvb

ES todo un viejo lobo: con sus grises pupilas,
las maneras calmosas y la tez bronceada.
Solemos vagar juntos en las tardes tranquilas;
yo le estimo, él me llama su joven camarada...

Está bien orgulloso de su pasado inquieto;
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras grandes cosas, dignas de su respeto,
es una, la más alta, ser súbdito español.

En tanto el mar se estrella contra las rocas duras,
él gusta referirme curiosas aventuras
de cuando fué soldado de la Marina Real;

de aquel famoso tiempo guarda como regalo,
la invalidez honrosa de su pierna de palo
y su cruz pensionada del Mérito Naval...

XII*

FRENTE a Los Arenales hay un buque encallado...
El arribar sin práctico fué grave desacierto:
al entrar, por la noche, tomó, desorientado,
las luces de la costa por el fanal del puerto.

Funesto fué el engaño; la arremetida, fiera;
tratar del salvamento, esperanzas fallidas:
tiene la enorme proa clavada en la escollera
y la hélice en el aire con las aspas hendidas.

Nadie acierta a explicarse las causas del siniestro:
el capitán John Duncan, viejo marino diestro,
ha su veintena de años que hace la travesía...

¡Qué horror! Alguien afirma que el mister John famoso
ama las veleidades del *whisky* espirituoso...
¡En el puente han hallado su garrafa, vacía!

XIII

XIV

NOCHE pasada a bordo, en la quietud del puerto.
Ahora mismo amanece: la claridad escasa
va invadiendo los fardos del espigón desierto;
se oye el son fugitivo de una barca que pasa...

Frescor acariciante de la brisa marina,
muelles que se despiertan; apagados rumores
de velas que trapean en la paz matutina,
y lejanos silbidos de los remolcadores...

Alguna voz de mando que llega, amortiguada,
carruajes que se alejan entre la madrugada
y la franja de púrpura del sol que va a nacer;

mientras en los albores de la ciudad humea
la torre de ladrillo de una gran chimenea,
cual un borrón vertido sobre el amanecer...

Santa Cruz de Tenerife

XIV

XVI

NAVEGAMOS rodeados de una intensa tiniebla:
no hay un astro que anime la negra lontananza;
y nos da el buque, en medio de la noche de niebla,
la sensación de un monstruo que trepida y avanza.

Baten las olas lentas su canción marinera,
el piloto pasea, silencioso, en el puente;
y un centinela, a popa, junto al asta-bandera,
apoyado en la borda, fuma tranquilamente...

Tiene un no sé qué indómito su mirada perdida;
el resplandor rojizo de su pipa encendida.
en la toldilla a oscuras pone un candente broche;

y al mirar su silueta de rudo aventurero,
sueña que viaja a bordo de algun barco negrero,
nuestra alma, que es gemela del alma de esta noche...

XVIII

VAMOS llegando en medio de un poniente dorado;
el Océano brilla como una intensa llama,
y poco a poco, lenta, la noche se derrama
en la paz infinita del puerto abandonado.

Nada perturba el seno de esta melancolía;
sólo un falucho cuelga su velamen cansado,
y hay tal desesperanza en el aire pesado
que hasta el viento parece que ha muerto en la bahía...

Entramos lentamente; a nuestro lado quedan
algunas lonas blancas, que en la noche remedan
aves de mar que emprenden una medrosa huída;

y a lo lejos, en medio de la desierta rada,
del fondo de la noche, como un soplo de vida,
va surgiendo la blanca ciudad, iluminada...

Puerto de Cádiz

XIX

¡OH, el puerto muerto! Lleno de una ancestral pereza,
arrullado al murmullo de un ensueño ilusorio,
que aún guarda un visionario perfume de grandeza
sepulto entre las ruinas de su pasado emporio...

Estas ondas, antaño florecidas de estelas,
hoy murmuran apenas un quejumbroso halago
añorando la pompa de las hinchadas velas
y las gloriosas naves de Atenas y Cartago...

La ciudad, a lo lejos, a su sopor se entrega;
sólo en las tardes tristes, cuando el ocaso llega
y el sol poniente incendia los vesperales oros,

reclinada en sus fueros, majestuosa, espía
la vuelta de los viejos galeones, que un día
llegaban de las Indias cargados de tesoros...

Cádiz 1908

PUERTO desconocido, desde donde partimos
esta noche, llevándonos el corazón opreso;
cuando estamos a bordo, y en el alma sentimos
brotar la melancólica ternura del regreso...

Silencio; tras los mástiles la luna pensativa
en las inquietas ondas su plenitud dilata;
y en el cielo invadido por la pereza estiva,
las estrellas fulguran como clavos de plata...

¡Oh, sentirnos tan solos esta noche infinita,
cuando, acaso, un suspiro de nuestra fe marchita
va a unirse al encantado rumor del oleaje...

Y emprender, agobiados, la penosa partida
sin que un blanco pañuelo nos dé la despedida
ni haya una voz amiga que nos grite: ¡buen viaje!

Lisboa

FINAL

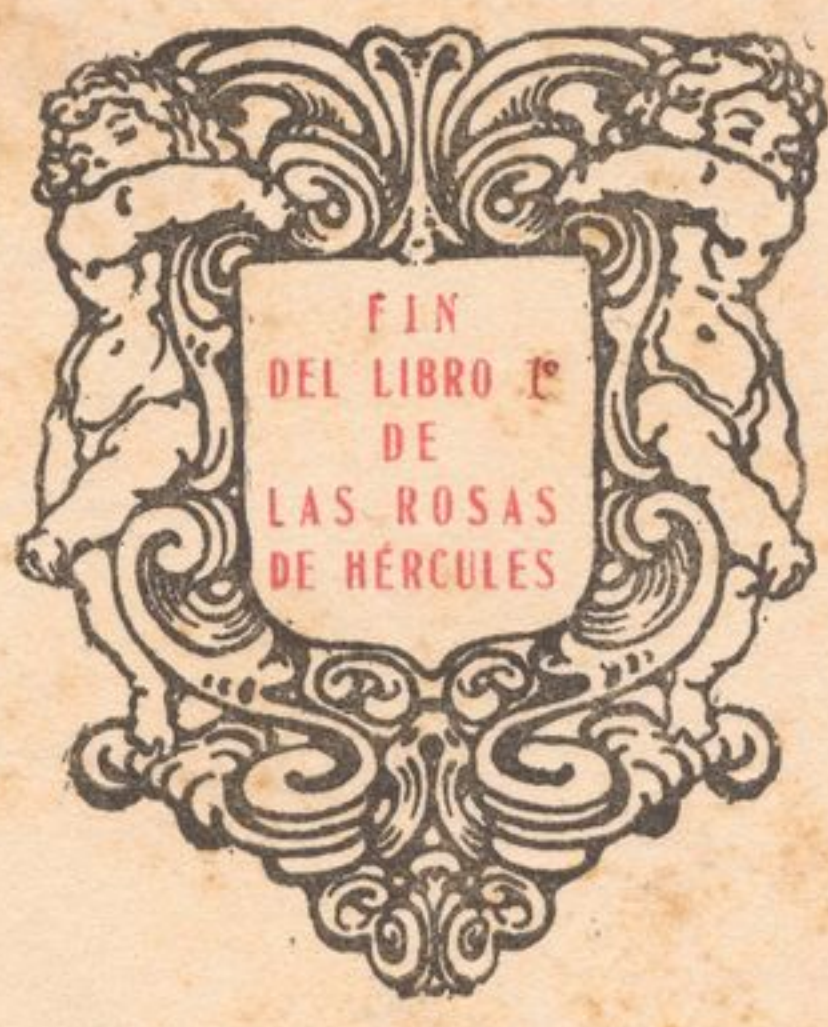
YO fui el bravo piloto de mi bajel de ensueño;
argonauta ilusorio de un país presentido,
de alguna isla dorada de quimera o de sueño
oculta entre las sombras de lo desconocido...

Acaso un cargamento magnífico encerraba
en su cala mi barco, ni pregunté siquiera;
absorta mi pupila las tinieblas sondaba
y hasta hube de olvidarme de clavar mi bandera...

Y llegó el viento Norte, despacible y rudo;
el vigoroso esfuerzo de mi brazo desnudo
logró tener un punto la fuerza del turbión;

para llegar a puerto luché desesperado,
y cuando ya mi brazo desfallecía, cansado,
una mano, en la noche, me arrebató el timón...

~~Madrid, primavera de 1908.~~


FIN
DEL LIBRO 1º
DE
LAS ROSAS
DE HÉRCULES

I. Página 27.-CORTIJO DE PEDRALES: Estos versos enviolos el poeta a su noble pariente Don Domingo Rivero González; quien, generoso, pagó a su sobrino con el admirable soneto que, a continuación, se reproduce:

Apolo te conserve la fuerza y el reposo,
nieto de labradores, que en tus estrofas juntas
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas.

Por ti surgiendo van en amplios medallones,
los viejos campesinos de continente austero
y trajes que dejaban holgar los corazones
tejidos toscamente en el telar casero.

Allá, entre sus montañas cumplieron su destino;
profunda fué su huella y corto su camino....
Tu pluma los evoca junto a la fuente clara

con que regar solían en lo alto de la sierra
y, atávica, tu mano, en vez de escribir, ara...
Trazando sus figuras sobre la madre Tierra...

POR LA MUERTE DE UN EDUCADOR

DON DIEGO MESA DE LEÓN

SE ha dormido el maestro de la faz venerable,
divaga ya en la sombra su intelecto robusto;
al igual que su vida, su muerte fué admirable:
¡La muerte de este anciano fué la muerte del justo!

El Rector ha dejado su sitial: la longeva
figura cruza el aula de lo desconocido;
ha terminado el curso que nunca se renueva
y en pos de unas eternas vacaciones se ha ido...

El salón silencioso y el péndulo parado
la deserción pregonan del patronato egregio;
y hay como un misterioso pacto que ha unificado
el duelo de los hombres y el dolor del Colegio

La vida de este recto varón de alma desnuda
al público renombre se hace merecedera,
pues, siendo activa y alta, se hizo apagada y muda
como aquel que provecho ni ditirambo espera...

En decidida lucha, sus nobles enseñanzas
tenían la raigambre de un encinar maduro;
y artífice de métodos y cultor de esperanzas,
entregaba, creyente, su labor al futuro.

El saber luminoso y el miedo a la ignorancia
hizo perenne pasto de sus meditaciones;
y dócil, en sus manos, la espiritual substancia,
modeló la consciencia de tres generaciones...

Predestinolo el hado desde el materno origen;
¡ah, poderoso esfuerzo de voluntad humana!
Entre las grandes testas que nuestro aplauso rigen,
es una hermosa cumbre esta cabeza cana...

Fundó los pedagógicos deberes tutelares
en las seguras pautas de un amoroso altruismo
y vió en las sucesivas figuras escolares
como una derivada progresión de sí mismo.

Tal fué su vida, espejo de racional sosiego;
para sus hombrecitos no tuvo nunca hiel,
y hacia él íbamos todos en infantil allego
presintiendo una nueva paternidad en El:

En decidida lucha, sus nobles enseñanzas
tenían la raigambre de un encinar maduro,
y artífice de métodos y cultor de esperanzas
entregaba, creyente, su labor al futuro.

El saber luminoso y el odio a la ignorancia
hizo perenne pasto de sus meditaciones;
y dócil, en sus manos, la espiritual substancia,
modeló la conciencia de tres generaciones.

Predestinolo el hado desde el materno origen.
¡Ah, poderoso esfuerzo de voluntad humana!
Entre las grandes testas que nuestro aplauso rigen
es una hermosa cumbre esta cabeza cana...

Fundó sus pedagógicos deberes tutelares
en las seguras pautas de un amoroso altruismo
y vió en las sucesivas figuras escolares
como una derivada progresión de sí mismo.

Tal fué su vida, espejo de racional sosiego.
Para sus hombrecitos no tuvo nunca hiel,
y hacia él íbamos todos en amoroso allego
presintiendo una nueva paternidad en él:

¡Padre es quien nos transfunde la educadora gracia,
paternal es la mano que nos lleva a lo cierto.
Más allá de la tumba perdura su eficacia
y en nuestro ser hay algo del corazón del Muerto!

Con poder de vidente mis ojos han pasado
la cineraria loza que su sepulcro cierra:
¡Se ha dormido el Anciano con el tranquilo estado
del hombre que ha cumplido su misión en la tierra!

N EL TRÁNSITO DE BER-
NARDINO PONCE

STE excelente amigo que está ya tan lejano,
aunque ha tan breve espacio que se rindió a la muerte,
lamentará en su vida del más allá ultrahumano
la postrera ironía que le jugó la suerte.

El, tan sutil y vario, guardaba cuidadoso,
en el rincón más íntimo de sus estimaciones,
un juvenil secreto rosado y armonioso,
que aguardaba el momento de las revelaciones.

Pero la inmensa niebla se adelantó en la ruta;
el verdeciente prado trocó en abismo escueto,
y el alma, en el silencio, se cobijó impoluta
-irreparablemente- llevándose el secreto...

XII

P A S T O R A L R O M A N T I C A

LAS gentes del cortijo murmuran sordamente
y, en voz baja, hacen lenguas de una tirana ley;
el rebaño no tiene pastor que lo apaciente:
¡se han llevado el pastor al servicio del rey!